

Comentario al evangelio del martes, 28 de marzo de 2017

Queridos amigos,

Aquellos pobres y enfermos que estaban al borde de la piscina confiaban en un golpe de suerte al llegar y tocar el agua cuando esta se removía. Jesús se acerca al lugar en aquel preciso momento. La multitud de “enfermos, ciegos, cojos y tullidos” estaban tirados por el suelo, queriendo tocar el agua de la piscina. No es difícil imaginar aquella escena. El espectáculo era, seguramente, dantesco. En medio de aquello, en que unos llegaban a tocar el agua porque eran algo más fuertes, aparece un hombre especialmente débil. Nadie le ayudaba a llegar al agua y, por eso, se lamentaba: “Señor, no tengo a nadie”. Y es que las penas en compañía siempre son menos penas. Una mano amiga siempre hace más llevadera la carga. A veces, hasta el punto de poderla llevar.

La vida de aquel hombre era, además de dolorosa por la enfermedad, dolorosa por la soledad. Es, si se me permite decirlo así, el vivo ejemplo del “descarte”. Soledad, dolor, impotencia. Nadie da nada por él. Ni siquiera mueve la compasión de los demás.

Entonces, Jesús, sólo Jesús, se acerca a él y entabla con él un diálogo como los habituales en él. Un diálogo de corazón a corazón. “¿quieres curarte?”. “Anda, levanta, toma tu camilla y camina”. Un diálogo de amor que es sanador, que se interesa por él y le hace sentirse importante. Así somos siempre para Jesús. Así somos todos para él: por eso en su corazón hay sitio siempre también para los que descarta nuestro mundo, para aquellos que quedan al margen y saben que la dignidad de hijos no les puede ser sustraída. Aunque no seamos nada para los demás, para él somos importantes. Dios es un Dios de relación, no de normas. Lo importante no es saciar no sé qué extraña sed de ver cumplidas no sé cuántas leyes o normas. En el relato, aparecen los fariseos defensores de las normas, más preocupados por el cumplimiento de las leyes que por entablar con Dios un diálogo de amor y despreocupados por el bien del hermano.

La cuaresma quiere invitarnos a enfocar bien nuestra mirada sobre la verdadera relación con la religión y con Dios. Dios no es un Dios de normas. Dios es un Dios que es como un Padre, que nunca se cansa de perdonar y de amar a sus hijos haciéndolos importantes.

Pidamos hoy al Señor la gracia de vivir esta filiación y la de tomar conciencia de que hay otros que solos no pueden porque “no tienen a nadie” y que necesitan de esa manita amiga que les ayude a “tirarse a la piscina”, a afrontar la suerte de la vida y caminar.

Que tengamos un buen día.

Vuestro amigo,
Fernando Prado, cmf.

Fernando Prado, cmf

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org